

perros. Numerosos mendigos, colocados particularmente en las inmediaciones de la iglesia del Santo Sepulcro, imploran la caridad de los transeuntes, diciendo: *mesquine, mesquine*, palabra árabe que significa pobre ó infeliz.

Los restos de veinte pueblos distintos en religión y raza, que forman la población de Jerusalén, viven separados unos de otros, hostiles, desconfiados, envidiosos. Hay sectas entre los judíos como entre los musulmanes y cristianos; de seguro no es el amor sino el temor lo que mantiene cierto orden que reina. único lazo posible en una población nómada é incesantemente renovada por las peregrinaciones, por la peste y opresiones.

Al cabo de algunos años de permanencia, el europeo muere ó regresa á Europa; los bajaes y sus guardas se van á Damasco ó á Constantinopla, y el árabe al desierto. Jerusalén no es más que un lugar á donde todos vienen á levantar su tienda; la ciudad de David ha dejado de ser un pueblo. El terreno donde está edificada, pertenece en su mayor parte á mezquitas é iglesias, y por esto se llama *wakj*; así, pues, hay el *wakj-el Harán*, propiedad de la gran mezquita; el *wakj el-Tukije*, del hospital de Santa Elena; el *wakj Frandji*, del convento latino; el *wakj rumi*, del convento griego, etc. Otra parte del terreno sólo puede ser propiedad de esos establecimientos públicos, en el caso de extinguirse las familias que lo poseen, ó á falta de herederos varones, y se llama *mulk mankuf* (manos muertas). El terreno, aun en su porción más insignificante, es propiedad particular (*mulk*). Cualquier trozo de terreno pertenece á varios dueños, por manera que nada es más fácil que adquirir fincas en Jerusalén.

No se concibe como una ciudad tan populosa ha podido subsistir sin contar en su casco un caño de agua viva. Sólo en el valle de Josafat encontraremos la fuente de la Santísima Virgen. Para una ciudad situada en un plano elevado, en el centro de una comarca muy escasa de agua, necesarios fueron trabajos de consideración para alimentar las fuentes y los estanques que en el recinto de la ciudad había en los tiempos antiguos.

La ocasión de haber tratado de estas famosas piscinas, nos lleva á decir algunas palabras sobre las aguas de Jerusalén. Geológicamente hablando, el terreno de los cerros en que la ciudad está sentada, es de composición calcáreo-jurásica, y los manantiales son ellos raros y escasos: cuatro, ó por decir mejor, tres, son los únicos que actualmente se conocen, todos ellos en el valle del Cedrón; es el primero la fuente de la Virgen, que, como hemos dicho, comunica y da origen á la Siloé, en

lugar más accesible para los moradores de la ciudad; es el otro el que alimenta al Bir-Ayub, y el tercero, en fin, que apenas por su poca importancia merece ser mencionado, hállase á algunos centenares de metros de aquel pozo, en lo más apartado de Uadi-en-Nar (valle del Fuego), que es la prolongación del valle del Cedrón. En la estación calurosa, cada día permanece abierta durante algunas horas la puerta llamada Bab-el-Mahabeh, por lo común cerrada, para dar paso á los *sakka* ó aguadores que van á abastecerse como pueden á aquellas fuentes y cargan sus odres en numerosa barricada. Si Jerusalén no tuviese más recurso que este, sus habitantes se morirían de sed.

Por esto, en todas épocas, antes y ahora, el primer cuidado de los que alzaron las casas que la forman ha sido abrir cisternas en que fuesen recogidas las aguas pluviales, que por feliz acaso caen todos los años por espacio de seis semanas con una abundancia de que no bastan á darnos idea las lluvias más copiosas de nuestro país. Prueba de ello es que no pueden removerse las demás capas de escombros acumulados por los siglos y por las numerosas catástrofes que han afligido á la ciudad santa sin dar con cisternas sobrepuestas y por lo mismo pertenecientes á diferentes y sucesivas épocas; y si se recorren los alrededores observanse en cuantos puntos sale la roca á flor de tierra bocas de cisternas, casi todas abandonadas hoy. Puede, pues, afirmarse con toda seguridad que desde la antigüedad más remota hasta nuestros días, siempre tuvo cada casa por lo menos una cisterna para depósito de las aguas pluviales.

Esto, sin embargo, no podía ser suficiente para el servicio público, como baños y sostenimientos de caballos, camellos y otros animales, y esta fué la causa de que para acumular las aguas á tales usos necesarias, se construyeron en la ciudad, al pie de sus murallas, grandes estanques, de algunos de los cuales llevamos hecha mención. Jamás los reyes de Judá descuidan tan interesante punto de buena administración y gobierno, y de su tiempo datan todos ellos, exceptuando uno solo.

A los mencionados antes hay que añadir fuera del recinto murado y á pocos centenares de metros de la ciudad por el lado de Occidente, el gran estanque de Mamillah (Birket-el-Mamillah), que es la piscina de las Serpientes, mencionada por Josefo, llamada antes superior ó antigua con relación á la inferior y relativamente más moderna con la que comunica por medio de un canal de reciente construcción que habrá sucedido á otro más antiguo. La segunda, comprendida hace siglos en el perímetro de la ciudad, é igualmente de considerables proporciones, lleva ahora el nombre de Birket Hamman-el-Batrak (estanque de los

Baños del Patriarca), por estar situada en las inmediaciones de un establecimiento de baños que dista poco del antiguo patriarca latino. En la época del sitio de Jerusalén por Tito es designada varias veces por Josefo con el nombre de Almygdalon (estanque de las Almendras) y fué obra del rey Ezenías, cuando, conforme llevamos explicado, al tener la invasión siria de Sennacherich, modificó el recinto de la ciudad para tener dentro de los muros aquel depósito de agua. Es rectangular y en el día sólo las lluvias lo alimentan, lo mismo que á la piscina superior, quedando por lo general en seco á fines de verano.

Parece que en la Edad Media se levantó un monasterio junto á la piscina superior; la iglesia estuvo dedicada á San Babilas, de donde, á lo que se cree, ha tomado origen el nombre de Mamilah. El espacio que la separa de la ciudad era llamado Campo del Lavandero; forma la parte superior del valle de Gihon, y en él solían los bataneros lavar y tender los paños. Allí establecieron su campamento los asirios, según manifiesta el libro IV de los Reyes. «Llegados con gran poder contra Jerusalén, dice, hicieron alto junto al acueducto del estanque superior que está sobre el camino del Campo del Lavandero.» Rabsaces, uno de sus caudillos, se acercó al muro y profiriendo blasfemias contra Dios habló á los enviados de Ezechías y al pueblo que coronaba el adarve; pero Ezechías invocó al Señor, é Isaias le anunció que su oración había sido oída; aquella noche el ángel del Señor dió muerte á ciento ochenta y cinco mil hombres en el campamento asirio.

Es además famoso aquel lugar por la profecía de Isais, á quien dijo el Señor: «Sal al encuentro de Achaz al extremo del acueducto de la piscina superior en el camino del Campo del batanero... El mismo Señor os dará una señal: he aquí que concebirá una Virgen y parirá un hijo que será llamado Emanuel.»

Allí en el anfiteatro natural que el terreno forma, propio para reuniones y fiestas populares, creen algunos autores que Salomón fué ungido rey por orden de David entre las aclamaciones del pueblo. Aun hoy sirve para las fiestas de los moradores de Jerusalén, especialmente al celebrar el comienzo del Ramazán y del Bairam y el regreso de los peregrinos de la Meca.

Otro gran depósito de agua fué construído en tiempo de los reyes de Judá, al pie de las murallas, en los confines de los valles de Hinnom y de Gihon; mide ciento ochenta metros á lo largo por ochenta á lo ancho, y está en el día abandonado y seco. En la época latina sería restaurado por los alemanes y recibió el nombre de lago germano, sirviendo de abrevadero á los caballos de la gente de guerra; en el día lleva el de

Birket-es-Sultán á causa de las obras que en él mandó hacer el sultán Solimán. De este estanque se ha dicho ser el lugar donde se bañaba Bethsabée, mujer de Uriás, cuando David desde las galerías de su palacio, fijó en ella lividiosa mirada, que le impulsó á hacerse reo del adulterio primero y después de la muerte del esposo. Aunque la piscina pueda datar, en efecto, de tan remota época, todo induce á pensar que la tradición es errónea, pues, según observa M. Guerin, no es probable que la esposa de Uriás se bañase en una piscina pública, como era la de que se trata, sino más bien, conforme Josefo lo dice expresamente, en otra especial y particular.

Al Norte de esta piscina existen las ruinas de una aldea arábica; allí estuvo situada en la época de Tito la llamada por Josefa Erebenthon Oikos (Casa de los Garbanzos), y allí mismo acampó en la de las Cruzadas el conde Raimundo de Tolosa. Rodeadas de pocas casitas vese en aquel lugar una capilla griega consagrada á San Jorge; sirve además de manicomio, y los locos furiosos son sujetados con una cadena á la que se atribuye virtud curativa, por haber servido, dicen, para el suplicio del Santo en Lydda.

Al lado oriental de los muros encuéntrase otra vasta piscina ó birket situada junto á la actual puerta de San Esteban; llámase de Setty-Maryam (de Santa María) y mide treinta metros á lo largo por veintiocho á lo ancho. Aliméntanla únicamente las aguas pluviales.

En el frente septentrional de las murallas y tocando á ellas, hállase el estanque llamado de la Peregrina, situado á poca distancia de la puerta, en el día tapiada, que lleva el nombre de Herodes y también el de Bab-etz-Zaharieh (puerta de las flores). A juzgar por su estructura es, como la otra, de gran antigüedad y mide únicamente quince pies á lo largo por poco menos á lo ancho.

Hacia el Oeste, antes de llegar á la puerta de Damasco, Bab-el-Aamud (Puerta de la columna), ábrese la gruta de Jeremías, donde se cree que el profeta Anathot compuso, 600 años antes de Jesucristo, sus admirables Lamentaciones. Encarcelado estaba cuando Nabuzardán entró en la ciudad como vencedor; el general asirio, por orden de Nabucodonosor, lo puso en libertad y le dió á escoger entre Babilonia y Jerusalem; el profeta optó por su patria, y se retiró en esta gruta. Junto á ella existe una piscina, alimentada por una fuente de escaso caudal, es abovedada y parece ser de construcción arábica. La gruta de Jeremías formó parte de las canteras reales, hasta que quedó aislada el día en que, como se ha dicho, fué comprendida la ciudad nueva ó sea Bezetha en el recinto murado en tiempo de Herodes Agrippa. En la eminencia en que está abierta la gruta acampó

la hueste del duque de Normandía en la época del sitio de Jerusalén por los cruzados, y las excavaciones realizadas por los griegos en sus cercanías, en un terreno de su pertenencia, habían puesto al descubierto vasta y antigua cisterna que á juzgar por sus dimensiones hubo de ser un monumento público. A ella puede referirse lo que de Jeremías se cuenta; por haber profetizado cuando la invasión caldea la catástrofe de Jerusalén. fué preso por los judíos, los cuales, para ocasionarle la muerte, le bajaron con cuerdas en una cisterna donde no había agua sino lodo que le llegaba al cuello, y allí estuvo hasta que fué librado por orden del rey Sedecías.

A la salida de la misma puerta de Damasco existe una gran piscina constantemente llena, á donde abreven el ganado la guarnición y los ciudadanos.

Una piscina servía de foso á la ciudadela Antonia, y situada en el ángulo Noroeste del sagrado recinto del Templo, era conocida con el nombre de Struthión; por esta piscina tuvo que abrirse camino Tito al atacar la fortaleza. Esta ha desaparecido quedando la alberca debajo de los edificios inmediatos al antiguo Serrallo, hoy cárcel.

Antes de subir al monte Sión, demos una mirada al Djebel-Abu-Tor, llamada por los cristianos Montaña del Mal Consejo, porque allí estuvo la quinta de Caifás, en la cual deliberaron los judíos sobre la manera de perder á Nuestro Señor Jesucristo. Muchos de los judíos, refiere el Evangelista, que habían ido á ver á María y á Marta y vieron lo que hizo Jesús, resucitando á Lázaro, creyeron en él; más algunos de ellos se fueron á los fariseos y les refirieron lo que había hecho Jesús. Los príncipes de los sacerdotes, y los fariseos se juntaron en concilio y dijeron: «¿Qué hacemos, porque este hombre hace muchos milagros? Si lo dejamos así creerán todos en él y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nación». Uno de ellos, llamado Caifás, que era el Sumo Pontífice de aquel año, tomó la palabra, y puso fin á la perplejidad general diciendo: «Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que os conviene que muera un hombre del pueblo y no que toda la nación perezca». El decreto fatal fué acordado y así desde aquel día pensaron como le darían la muerte.

Fuera de este pasaje célebre en la Historia Sagrada, el monte del Mal Consejo no ofrece nada de particular, y no se ven hoy en él más que ruinas y algún árbol carcomido.

IX

El monte Sión es una colina cuya elevación, con respecto á Jerusalén, será como la del monte Aventino sobre el Foro romano. Parecería mucho más elevada si se midiera su elevación por su base en el valle Gehinón. Su aspecto es amarillento y árido. En el mundo entero no hay otra cuya historia esté más gloriosamente ligada con la de la religión é Iglesia Cristiana, de la que es siempre citada como figura é imagen. Por los años del mundo 2988, David la tomó de los jebuseos, que al abrigo de una fortaleza se creían invencibles. Allí construyó un palacio, y como ésta fuese la más gloriosa de sus conquistas, no sólo fijó en ella su asiento, sino que quiso dar su nombre á la ciudad. La habitaron su hijo Salomón con sus sucesores, desplegando en las obras que allí hicieron, pompa y magnificencia real; de modo que todo cuanto hay de más notable y grande en aquella larga cadena de acontecimientos que terminan en el Mesías, recuerda la memoria de Sión.

Salomón edificó en el monte Sión la casa de madera de Líbano resplandeciente de riqueza y hermosura; aquí dió sus célebres sentencias y recibió á la reina de Labá. Por esto el monte Sión se le llama repetidas veces en la Sagrada Escritura *Ciudad de Dios, Ciudadela del rey, Casa de David, Trono de David, Palacio ó casa del rey*.

Antíoco Epífanés, asentó en el monte Sión el trono de sus crueldades. A este impío se debió la invención de un nuevo género de suplicios: daba muerte á las madres que en cumplimiento á la ley de Dios circuncidaban á sus hijos, despeñándoles desde las murallas con sus hijos al cuello. Simón Macabeo, purificó la ciudadela y entró en Sión al frente del pueblo y entre palmas, arpas y címbalos. Jeremías estuvo enfermo en la cárcel del monte Sión por haber predicho que la ciudad sería tomada por Nabucodonosor.

En frente de la actual ciudadela se encuentra un recinto muy vasto perteneciente al consulado de Inglaterra.

Cuando Prusia é Inglaterra concibieron el proyecto de establecer en Jerusalén un obispo mixto y sin nombre en los anales del cristianismo, fué preciso también pensar en la construcción de un panteón para los fieles de las diversas religiones que allí hubiera. Obtúvose de la Puerta la correspondiente autorización para edificar una capilla *para el servicio del consulado inglés*, la cual acabó por ser un hermosísimo templo, bastante capaz